

mo lugar me escribió de nuevo el 20 del mismo mes y me decía que esas coincidencias demuestran que la vida es maravillosa; muy amablemente añadía: «Usted es el poeta a quien ocurren esas cosas, porque se las merece.»

Sea como sea, no era esa la única coincidencia, porque al hilo de estos recuerdos me doy cuenta de que todas las veces que me he reunido con don Jorge cayeron en el mismo mes: noviembre. En el del 51, en Zaragoza; en el del 63, en Princeton, y exactamente el 25 de noviembre del 69, otra vez en Princeton.

En este encuentro, el último que hemos tenido, tuve menos oportunidad de hablar con él, pero así y todo está entre mis mejores recuerdos guillenianos. Su visita a la famosa Universidad no era esta vez por razones familiares —el profesor Claudio Guillén lo era en La Jolla, California—, sino para dar una lectura antológica de su poesía. Aquella misma tarde tenía yo de cuatro a seis mi clase de doctorado en Nueva York.—hacía ya tiempo que había aceptado un puesto en la City University—y desde allí viajé directamente a Princeton, en autobús; sin cenar y con retraso llegué al lugar de la lectura. Don Jorge estaba ya leyendo. Seis años habían pasado desde nuestro anterior encuentro y el maestro estaba acercándose a sus setenta; la primera impresión movía melancólicamente a ese ajuste de cuentas, pero quedaba compensada antes de hacerse tristeza: leía en pie, sin que le temblara la voz ni las manos que sostenían el grueso volumen de *Aire nuestro* que utilizó para casi toda la lectura. Aunque traté de no hacer el menor ruido, levantó la mirada al tiempo que gradas abajo me dirigía hacia un asiento libre. Sin interrumpirse, me saludó con gesto de grata acogida.

Los poemas, en lectura a la vez sobria y subrayadora, gravitaban con su belleza sobre un público tan entregado a lo leído y al más leve cambio de tono de voz o de gesto, que el saludo de don Jorge echó sobre mí todas las miradas. Cierta avergonzamiento, una emocionada amistad y unas miajicas de orgullo debieron de ponerme colorado; al menos estaba sintiendo calor en la cara, incorporado ya al goce de escuchar al poeta sus propios versos, algunos de los cuales podía decir mentalmente, sílaba a sílaba ajustados al ritmo del lector.

Después de la lectura hubo una fiesta y aunque Guillén estaba asediado, porque todos deseaban hablar con él, oírle, recoger autógrafos, pudimos cruzar unas palabras. Como era de esperar, tras preguntarme por mi familia me preguntó por Gullón y por Blecua. Llevaba yo el ejemplar de *Aire nuestro* y le pedí que me lo firmara. También como era de esperar, dada su costumbre, la dedicatoria re-

coge las circunstancias de aquel tercer noviembre de nuestras cordiales proximidades; dice así: «A Ildefonso Manuel / Gil, / con la alegría de / verle —así, de pronto. / Con un abrazo de / su Jorge Guillén / Princeton, 25 nov. 1969.»

Sonriendo, me anunció que dentro del año próximo recibiría un nuevo libro suyo. Pensé que se esforzaba por sonreír de modo especial y acerté el cómo y el porqué: deseaba que su sonrisa tuviese picardía.

—¿Sabe usted, querido Gil, cómo se titulará?

Busqué un sustantivo cargado de significación, digno de hermanarse con cántico, clamor y homenaje. Pero ya no hacía falta buscar.

—¡Se llamará *Guirnalda civil!* Sí, sí, civil. ¿Le recuerda eso algo? ¡De Valladolid!

Claro que recordaba, y ahí estaba gran parte de la intención de picardía, sólo intención, porque la natural gravedad de Guillén podía siempre —al menos tal como yo recuerdo nuestras conversaciones— más que sus rasgos de humor o que sus cariñosas bromas. Más, también, que sus propósitos de sátira, las pocas veces que hablando o escribiendo los había tenido.

—Núñez de Arce, don Gaspar.

Reía ahora abiertamente, y como alguien lo llamaba para hacerle una presentación —quizá fuese Vicente Lloréns, quizá Edmond King, con algún estudiante graduado— me dijo, yéndose:

—¡Ya verá, ya verá!

Coincidiendo con la felicitación de Año Nuevo le envié un nuevo libro mío. Desde Cambridge me escribió el 6 de enero del recién comenzado 1970, dándome su opinión. Me decía también que estaban a punto de marchar a Puerto Rico. Allí, el 1 de marzo, tuvo un accidente grave. Lo supe por Lloréns. Cuando la alarma cesó, le escribí unas postales. Su nueva carta me llegó desde La Jolla, fechada en aquella ciudad universitaria californiana el 11 de mayo: «... aquí me entrego con aplicación a mi restablecimiento. Voy bien.» Sin embargo, estaba todavía bajo una terrible impresión. Muchos jóvenes, sobre todo universitarios, protestaban en todos los niveles contra la intervención americana en Vietnam. Había habido ya algunos casos de suicidios condenatorios y a uno de ellos debía de referirse al escribirme: «Ayer se ha quemado un estudiante. ¡Atroz!»

El 25 de diciembre, desde Cambridge, me volvió a escribir; la carta comenzaba así: «Mi querido —e inolvidable— amigo y compa-

triotas: Y aquella patria, la pobre, ¿cómo estará ahora? Termina mal el año.» Tras referirse a unos poemas míos («Nuevos poemas a Goya», publicados en *CUADERNOS HISPANOAMERICANOS*), decía: «En cuanto a lo último de este servidor, lo tendrá usted, naturalmente. Empieza a distribuirse en estas semanas», refiriéndose a *Guirnalda civil*. La cojera, resultado del accidente de la primavera anterior, iba desapareciendo: «Yo voy mejor; voy acercándome a mi andadura normal.» Mencionaba con cariño a Blecua, preguntándome si había recibido «su edición —preciosa— del segundo *Cántico*», y al decirme que en Cambridge había recibido *En el texto de Garcilaso* de Alberto Blecua y estaba leyéndolo, exclamaba con alegría: «Muy bueno, muy sólido. De tal palo... ¡Hermoso linaje!» Nos deseaba a mi familia y a mí que en el nuevo años fuésemos «todo lo felices que las circunstancias lo permitan», me enviaba un abrazo y firmaba. Pero algo le faltaba en esa carta y puso unas líneas bajo la firma para recordar a «nuestro» Ricardo Gullón.

Todo el año 1971 pasó sin que tuviéramos relación directa; yo estaba esperando su anunciado libro, que nunca llegó. Impaciente, pero no queriendo importunar a don Jorge, lo leí en el ejemplar de Vicente Lloréns. Leyéndolo recordé aquella impresión mía de su sonrisa intencionalmente pícaro. Guillén había sacrificado a un digno compromiso, a una actitud ética, todo cuanto él podía sacrificar en su poesía. Algo de esto había ya en *Clamor*, posiblemente más en los «Tréboles» que en los poemas de extensión normal. En mi ejemplar de *Aire nuestro* había puesto yo una ficha tomada de su gran libro *Lenguaje y poesía*, tantas veces manejado en mis clases y no sólo para explicar las «poéticas» que él estudia, sino la suya propia. Con más razón decidí ponerla en el de *Guirnalda civil*, cuando lo tuviera. De allí la he tomado ahora, pero no de la edición de Ferguson, publicada en Cambridge en 1970, sino de otra más valiosa, decididamente rara: veinte ejemplares impresos en España, sin otra referencia que el año —1971— en la portada y este colofón: «De esta primera edición española de *Guirnalda civil*, de Jorge Guillén, se han tirado 20 ejemplares, numerados y firmados por el autor.» Pocas veces, si alguna, he recibido un regalo tan generoso.

La ficha (procede de la página 46 de la edición de Revista de Occidente, 1961) dice así, a propósito de Góngora: «El poeta es siempre el mismo en alma y gusto. Pero unas veces se abandona a su demonio burlón y cultiva el poema satírico, el poemilla festivo; otras veces se entrega a su musa y compone versos consagrados a la belleza.» Venía, y viene, muy a cuento. Pero el abandono en Guillén no era a ningún demonio burlón: la gravedad, es decir, seriedad y

circunspección, de su carácter y la gravedad de su compromiso no lo llevaron a abandonos, incompatibles con su modo de entender la poesía, sino a sacrificios. Y de cómo la suya puede resistirlos y aun superarlos es buena prueba el poema final de *Guirnalda civil*.

El 15 de marzo de 1972, la Hispanic Society neoyorquina celebró en su fabuloso «Sorolla Room» un homenaje a Jorge Guillén. En vez de anunciarse como tal, en las invitaciones se anunciaba como «... premiere of the Society's new film in Spanish by John Ballantine and Miguel Marichal, Jorge Guillén: *Fe de vida*». El ser uno de los realizadores —el después malogrado joven Miguel Marichal Salinas— nieto de don Pedro movía a evocar una vez más, juntos, a los dos grandes poetas y su amistad íntima y respetuosa.

Las escenas del film eran, en su mayor parte, de la vida cotidiana de los Guillén en Cambridge; muy bien logradas, subrayaban valores humanos del poeta, aquellos que cuarenta años antes habían pasado tan injustamente inadvertidos por mucha gente en su poesía. Me reconocía entre los culpables, y al mismo tiempo, en el recordar, sentía justificada mi actitud, aunque ya no la consideraba justa. Es difícil comprender la serenidad cuando se están viviendo situaciones históricas que sólo podrían definirse referidas a un sustantivo al que Guillén había conferido valor poético de máxima negación: caos. Es muy difícil renunciar a la pasión cuando se ha hecho de ella, paradójicamente, razón de vida. Ese día 15 de marzo del 72 me sentía todavía más justificado, sabiendo que en mí había sido la reserva tan auténtica, si bien menor, como lo era desde hacía años la admiración.

Cercano el fin del año, 22 de diciembre y desde Cambridge, me escribió don Jorge: «Mi querido amigo: Le mando estas líneas de fin de año a su *antigua* dirección. Espero que le lleguen. ¿Qué es de su vida? Yo, por mi parte, envejezco escandalosamente. Voy a cumplir ochenta años. *Sin embargo*. Espero publicar pronto un libro de versos. Recibirá usted el ejemplar a usted debido. Feliz año nuevo para usted y los suyos. Un abrazo de su Jorge Guillén.»

Apenas leída esa carta comencé a escribir un poema. Más de una vez había pensado que las direcciones a las que yo había enviado cartas o libros para el poeta tenían muy sugestivos nombres, como si él tuviera imán para bellas palabras hasta en eso. Gray Gardens: Jardines Grises se correspondía bien con Cambridge, en la Nueva Inglaterra, lo mismo que Bellavista era un buen nombre frente a la majestuosidad del océano en la dorada California. Muy bien podía suceder, pero no era cosa de molestar a nadie por averiguarlo, que Gray fuese el apellido de alguien a quien se honró nombrando con

él una calle; en ese caso, yo pensaría que el apellido era el de Thomas Gray, poeta... y casi venía a ser lo mismo. Tampoco me preocupaba si desde la Bellevue Avenida de La Jolla se ve o no se ve el Océano Pacífico. Me bastaban los nombres, tal como eran en sí mismos. Mi poema arrancaba de los de Cambridge; incorporado en intención a una posible reedición de *De persona a persona*, ha permanecido inédito hasta este momento.

*Desde grises jardines me ha llegado una carta
escrita por la pluma que sublimó los goces
de estar sobre la tierra sorprendida del alba
hacia un cenit exacto de inacabables soles,*

*sol de brisa y de rosa, sol de mejillas suaves,
sol del verso perfecto, sol de la mano amiga,
el corazón del hombre sol oculto que se abre
derramando esplendores y amor sobre la vida.*

*Ser uno mismo y ser estando aquí y ahora,
dentro de la absoluta sazón de la evidencia,
claridad de corriente, círculo de rosas,
definitivamente salvado en el poema.*

*He leído esa carta con pausas, asomados
los ojos a la luz de un treinta de diciembre,
tierna luz que a la orilla de los ochenta años
ha mirado al poeta setenta y nueve veces.*

Contesté la carta sin decir nada del poema y anunciando el próximo envío de un libro mío; era *Luz sonreída, Goya, amarga luz*, y en vez de dedicárselo copié en él los versos que saludaban sus muy próximos ochenta años. No tuve noticias en varios meses; las primeras llegaron en carta fechada en Niza el 29 de abril de 1973. Es una hermosa carta, de la que sólo transcribo el final: «Y no falta, para este lector, lo inesperado: el poema inicial, tan conseguido. Se lo agradezco de corazón. Nos vamos a Florencia. Escribame a Cambridge. Un gran abrazo.»

A finales de año don Jorge tuvo que ser operado de cataratas y estuvo sin leer ni escribir varias semanas. Una carta suya, dictada a su esposa el 3 de enero de 1974, agradecía mis llamadas telefónicas, felicitaba el Año Nuevo y me anunciaba un libro: «Está ya impreso en Buenos Aires mis *Y otros poemas*. Yo todavía no lo tengo. Lo recibirá usted enviado directamente por el editor.» (Tampoco le quise decir, ni le he dicho, que jamás me llegó ese libro: no todas las coincidencias habían de ser buenas.) De su puño y letra era ya una

carta fechada el 6 de febrero en Cambridge, en la que me enviaba un recorte de *El Norte de Castilla* sobre una publicación mía. Pasaba luego a su acostumbrada asociación: «Pienso en usted y pienso en el único santo que usted y yo hemos conocido en nuestra movida existencia: San José Manuel de Zaragoza. Otro hombre de gran calidad: Ricardo Gullón. ¡Qué buenos amigos comunes tenemos, gracias a Dios!» Otras cartas opinando sobre libros míos fueron viniendo —28 de abril del mismo 1974 y 9 de enero de 1976—, siempre con la misma generosidad. En lo mejor de la primavera de ese último año le fue concedido un importante premio literario (The Hudson Review's 1976 Bennett Award, 12.500 dólares), y al ver la noticia en la prensa lo llamé para felicitarlo. Su voz sonaba alegre y cordial; se sentía feliz, pero en la conversación telefónica los dos hubiéramos querido hablar abiertamente de algo que sólo reticentemente aludimos: el premio Bennett venía, como otros reconocimientos anteriores, del extranjero, no de España, de donde él cada vez más lo estaba deseando, aunque no lo confesase. El poeta había podido ser presentado como «a native of Spain who has lived in voluntary exile aboard since 1938» (*The New York Times*, 5 de mayo de 1976). ¿Exilio voluntario? En el significado estricto que el sustantivo ha acabado por adquirir, semejante adjetivación es inadecuada, son voces que se excluyen. Porque quien libremente se va al extranjero no es un exiliado, sino simplemente alguien que se ha cambiado de casa, que se ha trasplantado sin dejarse las raíces en la otra tierra, en la única que el exiliado siente como suya. Decidir irse a otro país por exigencias éticas, por incompatibilidades políticas, económicas o religiosas es un tipo de voluntariedad muy especial. Guillén hubiera preferido seguir viviendo en España, enseñar a universitarios españoles, escribir su poesía entre las mismas gentes para quienes en definitiva escribe un poeta español.

Pocos días después, el 14 del mismo mes, me escribió de nuevo; en esa carta medía su tiempo contraponiendo su ritmo al de nuestro país: «Lo de España... ¡Qué despacio va todo! Pero no estos días de la vejez. ¡Qué sensación de velocidad!»

Estuvimos sin comunicación hasta el 16 de octubre, día en que me escribió para agradecerme el artículo que sobre él había publicado en *El País* el día 7 de ese mes: «¡Cuánto me gustaría que tuviese usted razón! Y no me refiero a los elogios, sino a la estima moral. Yo lo he sentido como propósito y criterio. Me complacería que eso fuera visiblemente objetivo.»

La última carta que he recibido de don Jorge, fechada el 27 de diciembre de 1976, se refiere a *Elegía total*, libro mío aparecido poco

antes. Fuera de ese tema, hay en esa larga carta pocas líneas, pero muy significativas. Tras desearnos un feliz 1977 —«Que lo sea: ninguna empresa más difícil ni más interesante»— anunciaba su próxima salida hacia España. Allí, rodeado al fin de los honores que merece, habrá celebrado su ochenta y cuatro aniversario.

ILDEFONSO MANUEL GIL

Brooklyn College and Graduate Center
of the City University of New York
USA